

EXIGENCIAS DE LA ACCIÓN

□ LUIS FERREIRO

Presidente del Instituto E. Mounier

INTRODUCCIÓN: CENTRALIDAD DE LA ACCIÓN EN EL PENSAMIENTO ACTUAL

El pensamiento contemporáneo ha concedido una importancia primordial a la acción, hasta el punto de entender la existencia como acción. Maurice Blondel¹ vendrá a decir que la acción envuelve al ser, que éste es consecuencia del devenir, que la acción humana es el vínculo entre el pensamiento y el ser. Por tanto, el centro de la filosofía es la acción humana. Aquí nos vamos a limitar a estudiar el desarrollo exterior de la acción y de las acciones humanas, los efectos directos e indirectos sobre los hombres, las cosas y sobre nosotros mismos. Adoptamos un punto de vista ético, por lo cual tenemos presente constantemente al sujeto de la acción. Nuestro objetivo es esclarecer las condiciones necesarias para ejercitar una acción más consciente y eficaz.

En primer lugar, debemos afirmar que la persona vive en una situación comprometida desde que nace hasta que muere. En este contexto, su simple presencia ya es acción. No existe, propiamente, la inacción, la existencia personal es acción de mayor o menor calidad, intensidad o alcance, pero siempre está produciendo efectos, y eso aunque su existencia quede reducida a lo que prefiero llamar actividad vegetativa, más bien que estado vegetativo. Los casos sonados de personas en coma profundo que han sacudido la conciencia de la opinión pública, nos hablan de un poder propio que ejercen sobre nosotros y de una acción ejercida desde la más profunda pasividad.

Desde estos casos límite, en los que parece estar ausente la intencionalidad, es fácil considerar que ésta siempre existe en cualquier otro modo de actividad, por poco que lo aparenten. La fórmula del acto de contrición, en la que manifestamos haber pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión, comprende todo tipo de acción negativa realizada con intención. Esta fórmula podríamos hacerla extensiva a las acciones positivas. La acción, independientemente de su calificación moral, abarca todos estos tipos de actos. La acción se traduce en obras de varias clases, en pensamientos, en discursos, en omisiones, es decir, la misma inacción es una forma de actuar por defecto.

EXIGENCIAS DE LA ACCIÓN

Según E. Mounier,² el personalismo exige a la acción cuatro requerimientos: «Que modifique la realidad exterior, que nos forme, que nos acerque a los hombres, o que enriquezca nuestro universo de valores». Estas cuatro dimensiones se relacionan en un equilibrio interno que debe mantenerse en toda acción íntegra, sin embargo, reconoce Mounier, que las dosis de estos ingredientes es variable en las acciones concretas, de manera que alguno de ellos se presenta de forma dominante según el fin perseguido por la acción. No obstante, aunque con vistas a su exposición se separen, cada una de estas dimensiones debe darse implícitamente en la unidad de la acción.

1.1. La acción de producción

Una primera dimensión es la que Mounier llama económica, que se refiere al hacer (*poiein*), o actuar sobre la materia exterior para dominarla, organizarla y transformarla. El hombre se ve obligado a una lucha contra la materia exterior que le opone una resistencia que debe vencer para apropiársela y acomodarla a sus necesidades. Esa actividad ineludible hace de él un artífice, que crea una segunda naturaleza humanizada compuesta por todos los artefactos que ha ido inventando y

1. Blondel, M. *La acción (1893). Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*. BAC. Madrid, 1996. Ver también: Isasi, J. M.; Domínguez, X. M.; Vázquez, J. L. *Blondel, Zubiri, Nédoncelle*. Fundación E. Mounier. Madrid, 2003.

2. Mounier, E. *El personalismo*. OO. CC. III. Salamanca. Todas las referencias que siguen son del capítulo 6.



acumulando a lo largo de la historia. Es el territorio del *homo faber*, rodeado de una variedad de instrumentos que potencian su capacidad. Esta dimensión de la acción está dirigida hacia las cosas, pero también se dirige sobre el propio hombre: sobre su propio cuerpo, que utiliza como instrumento en alguna de sus actividades, en cuanto forma parte de una fuerza productiva organizada, cuyo potencial de acción tiende a ser óptimo.

En esta clase de acción se encuentran en su salsa el ingeniero, el economista, el informático, etc. Se trata de domesticar determinismos que imponían limitaciones al hombre y ponerlos al servicio de su libertad. Se trataría de cambiar miserias por riquezas, impotencias por poderes, esclavitudes por libertades... Esto es legítimo y necesario, de hecho en el Génesis es un mandato divino. Por eso, Lacroix, dialogando con el marxismo reconoce la existencia de «una mística del trabajo, una mística de la producción... una mística del dominio de la naturaleza y de la conquista del mundo. Marx quiso lograr que el trabajo deje de ser una obligación para convertirse en una necesidad».³ Antes que Marx, San Benito descubrió que la contemplación necesita ir acompañada por el trabajo. El problema es que el trabajo puede adoptar formas alienadas y alienantes, y para eso el marxismo no supo suplir adecuadamente la contemplación. Tal vez fue ésta una de las causas de su fracaso, aunque no la única.

La finalidad propia de esta clase de acción es la *eficacia*, es decir, la consecución de los resultados buscados, o aún más, la eficiencia, es decir, el logro de los resultados buscados de la forma más rápida y menos costosa posible. A esta perspectiva no hay nada que reprocharle en sí misma. La acción ha de buscar el éxito y, en principio es el éxito lo que la justifica. No es posible una acción que no busque el éxito, aunque a veces lo pueda hacer a través de un sinuoso recorrido por una serie de fracasos, o el éxito buscado no lo parezca. Sin embargo, hay que estar atentos a la embriaguez del éxito, pues como dice Hans Jonas, «si bien nada tiene tanto éxito como el éxito, nada nos atenaza tanto como él».⁴

En este sentido, Mounier planteaba que la satisfacción del hombre no se encuentra en fabricar y organizar de cualquier manera, la eficacia debe ser enriquecida con unas condiciones compatibles con la dignidad de la persona, con un sentido más allá de la misma utilidad y con la fraternidad de los compañeros de acción.

En los últimos siglos, este tipo de actividad ha producido las creaciones asombrosas de la ciencia y la tecnología modernas que han abierto perspectivas casi inimaginables a la humanidad para bien y para mal. En todo caso, el ascenso y la soberanía del *homo faber*,

3. Lacroix, J. *Marxismo, existencialismo, personalismo*. Barcelona, 1962, p. 40.

4. Jonas, H. *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona, 1995, p. 37.

recién alcanzada, debe ser sometida a una estrecha vigilancia. El *homo faber* tiene sus derechos, pero su poder absoluto no es legítimo. Vivimos ya en una época en la que ejerce un poder sin contrapesos. Su poder de fascinación paraliza cualquier iniciativa de control. La esfera económica y tecno-científica es el lugar desde donde se ejerce actualmente el poder. La eficacia demostrada le ha dado una legitimidad para actuar autónomamente, emancipándose de la ética y subordinando a la política. Basta comprobar cómo cualquier cosa que pueda ser objeto de experimentación, investigación, producción o comercio, supera todas las barreras de la prudencia e, incluso, de la dignidad humana para llevarse a cabo. Un considerable y variado número de amenazas para la humanidad se están gestando, además de las que ya existen, que un día pueden desatar las peores pesadillas.

La subversión del tecnócrata y su dominio incontestable había sido objeto de frecuentes advertencias por parte de numerosos pensadores y escritores del siglo xx. Para algunos eran nuevos bárbaros que amenazaban con la demolición de una verdadera cultura humana para implantar en su lugar un mundo funcionalmente organizado, en el que cada persona, se limita a ejercer una función con la que se le identifica y a la que se le reduce, como expresó Chaplin en las imágenes de «Tiempos modernos».

Siguiendo a Mounier, se requiere aquí la intervención de otra clase de acción, la praxis, que represente las exigencias de la persona y defienda los derechos de la ética en el terreno de la economía. Para él, la articulación de la ética con la economía se elaboraría en el nivel político, en el que sería necesario resolver el conflicto que surge, con frecuencia, entre los requisitos técnicos de la eficacia y las exigencias de la persona. Esta dimensión productiva o económica de la acción, debido al protagonismo que ejerce en la vida social contemporánea, plantea un doble reto:

- a) Por un lado, debemos ser eficaces en lo que de productiva tiene nuestra actividad. La actividad productiva nos obliga a aceptar la humildad de la rutina, la reducción temporal de la persona a mecanismo y automatismo con vistas a la eficacia, la disciplina que nos saca del ensimismamiento, todo ello es un correctivo de los narcisismos, especialmente necesario para los intelectuales.
- b) Por otro lado, hay que combatir los excesos de una sociedad que ha primado este tipo de acción por

encima de cualquier otra, pervirtiendo su naturaleza al ponerla bajo el control de un orden inhumano.

1.2. Actividad teórica

La acción contemplativa es, dice Mounier, «esa parte de nuestra actividad que explora los valores y se enriquece con ellos extendiendo su reino sobre la humanidad». Mounier precisa que esa actividad no es «mera cuestión de inteligencia, sino que atañe al hombre entero». Con esto quiere marcar las diferencias con el ideal contemplativo griego que, viendo en la inteligencia la parte más noble del hombre, declaraba que la dedicación a la teoría pura era la actividad más excelsa y, de paso, la separaba del trabajo manual, propio de las clases inferiores y de los esclavos. A diferencia de ellos, nosotros sabemos que hay personas cuya inteligencia es muy lúcida pero son incapaces de una mínima sensibilidad para realizar el bien, en cambio otras, más limitadas intelectualmente, llegan a ser éticamente ejemplares porque han aprehendido valores eminentes y han aplicado heroicamente su voluntad a realizarlos en su vida y a predicarlos a los demás. Y esto, se debe a que, como dice Max Scheler, «antes que *ens cogitans* o *ens volens*, es un *ens amans*», y el amor es también una forma de conocimiento, una forma de sentir (*fühlen*) que va más allá del objeto.

La actividad contemplativa debe penetrar y transfigurar toda la actividad humana a la luz de los valores descubiertos y vividos, ya que su finalidad, dice Mounier, es la «perfección y universalidad», que además, no están destinadas a cumplirse en una clase de actividad específica, selecta y apartada. Más bien, se trata, en cuanto a la *perfección*, de una perfección plasmada en la obra concreta y bien acabada que refleja los valores que la han inspirado.

Respecto a la *universalidad* del valor, como dice Carlos Díaz: «la persona verdaderamente humana no solamente se limita a querer ser mejor ella misma, sino que busca ayudar a que los demás también lo sean, y en ese empeño no cesa... Así como se puede ser genio estético sin compartir la genialidad, no se puede ser persona moral sin intentar universalizar el bien. Un individualista ético aún no ha descubierto que la ética no es la estética, si le falta el impulso de universalización: 'Sólo soy libre, decía Bakunin, cuando todos los hombres y mujeres que rodean son también libres. La

libertad de los demás me hace ser libre, la ajena esclavitud me esclaviza a mí mismo.»⁵

Finalmente, hay que destacar que la acción contemplativa es fundamentalmente *desinteresada*. En cierto modo, se basta a sí misma y no busca nada más allá de sí misma, no se realiza en función algo exterior a ella misma. En este sentido se aproxima a una actividad lúdica. Sin embargo, esto no quiere decir que esté exenta de una incidencia en la práctica. Mounier observa dos tipos de influencia, una *indirecta* que proviene de su sobreabundancia, que puede comprobarse en la historia del pensamiento examinando las creaciones especulativas de los filósofos y científicos que, en su momento, fueron juegos del pensamiento perfectamente inútiles, pero que a la larga se han convertido en piezas clave de del desarrollo de la técnica. Por otro lado, la acción contemplativa puede apuntar de forma directa a la práctica, como ocurre con *la acción profética* que explora los valores con la vista puesta en la acción práctica. La acción profética intenta practicar una transfusión de valores a la vida política e invadir la acción contingente y temporal con la fuerza de lo absoluto y lo eterno.

En nuestra época la verdadera contemplación sufre un retroceso como consecuencia, entre otras cosas, del avance de la sociedad del espectáculo, en la que los ojos y los oídos viven de alquiler en las moradas del castillo exterior, pasando continuamente de una a otra, de olvido en olvido, sin encontrar reposo. Frente a la contemplación, que es actividad, esfuerzo, interioridad, profundidad, autenticidad, autonomía, conversión... el espectáculo nos ofrece pasividad, facilidad, excitación, superficialidad, volubilidad, asimilación inconsciente de valores transmitidos por otros, tal vez por una industria o un poder, con frecuencia por medio de las técnicas de envilecimiento, como las llamaba Gabriel Marcel.

Es en este terreno de la contemplación donde nos jugamos el sentido de la acción. Es el campo de batalla decisivo para evitar la abolición del hombre. Nos urge ser rescatados del torbellino sin fin de las sensaciones que arrasa el buen gusto y destruye la seriedad de la vida. ¿Qué hacer y cómo hacerlo?

a) Es indispensable hacer el desierto en nuestra vida. Sublevármolos contra la invasión del ruido. Construir-

nos una fortaleza inexpugnable para el cultivo del espíritu.

- b) Desarrollar una ascética apropiada para nuestra época. Por un lado, liberando nuestras pasividades de las sollicitaciones externas que, por ejemplo, atraen nuestros sentidos como si éstos estuvieran imantados, viviendo en una alegre austeridad frente al consumismo vigente. Por otro lado, fortaleciendo nuestras disposiciones a la actividad, por ejemplo, venciendo nuestra resistencia a ciertas acciones por motivos psicológicos, de tiempo, condicionamientos sociales, etc.
- c) Cultivar el saber desinteresado, desarrollar el gusto por la cultura y el arte, conocer la historia, buscar el contacto con la naturaleza, dedicar tiempo a adquirir conocimientos que puedan repercutir a favor de los pobres.
- d) Por último, recordando a MacIntyre, «no estamos esperando a Godot, sino a otro, sin duda muy diferente, a San Benito», diremos que hoy son necesarios alguna clase de cenobios donde se desarrolle la actividad contemplativa y la vida en común, pero que, además, hagan de escuelas de valores y de bases de las que salgan los predicadores que sirvan al reino de los valores.

1.3. La acción como obra o praxis

La acción es necesariamente reflexiva, se vuelve sobre el agente que actúa y tiene una repercusión sobre él. Por este lado, dice Mounier, la acción (*prattein*) apunta a la formación del agente en sus habilidades, capacidades, virtudes y en su unidad personal. Aquí, importa menos qué hace el agente y más cómo lo hace. Es el terreno de la *acción ética*, cuya finalidad y medida es la *autenticidad*. No basta que la acción sea eficaz, tendremos que exigirle que el agente resulte ennoblecido.

Esta dimensión tiene la primacía en toda acción dirigida a nosotros mismos, a las demás personas y a la sociedad en general. La praxis es el intento de transformar las relaciones con los otros, procura la transformación de la sociedad, su humanización más profunda. Aquí, ya no nos encontramos con la resistencia pasiva de la materia, que cede en cuanto descubrimos las

5. Díaz, C. *Pedagogía de la ética social. Para una formación en valores*. México, 2004, p. 130.

leyes más o menos determinadas que gobiernan su estado y sus transformaciones. Nos encontramos, ahora, con otros seres semejantes a nosotros, dotados de una libertad y, por tanto, origen de conductas internamente determinadas, más o menos intencionales y racionales, aunque es cierto que son susceptibles de influencias exteriores. La acción se complica en reacciones, coacciones, interacciones...

La praxis es «la actitud del hombre concreto que reacciona a cada instante, con su ser total, pensando y actuando», dice Lacroix, expresando así el deber ser de la praxis. En primer lugar, se trata de un movimiento de la totalidad de nuestro ser, en el que la inteligencia se concentra y la voluntad se vuelca en el objeto de la acción. La praxis es la síntesis del querer y del saber que, para ser auténticos, se unifican en el amor. Es verdad que existe la praxis del odio, pero para nosotros está proscrita por el deber. En segundo lugar, es una reacción motivada por la conciencia de un estado de cosas deficiente a nuestro juicio, es decir, lleva implícita la aplicación de un pensamiento crítico. Por último, las exigencias que planteamos a la acción transformadora responden a una orientación utópica que apuntan a un perfeccionamiento de la situación en interés de las personas implicadas directa o indirectamente. La utopía sería aquí el diseño, a grandes y difusos rasgos, de la situación ideal, pero nunca un plano detallado y fijado de antemano de los resultados a conseguir, puesto que ha de ser la acción, en su desarrollo, la que nos aclare los valores puestos en juego y nos vaya mostrando su verdadera profundidad.

Por otro lado, la praxis, no es sólo una actividad individual, ha de llevar consigo el germen de la camaradería, de la amistad y de la fraternidad. No es sólo de una exigencia necesaria para el logro de unos objetivos que requieren alguna forma de lucha, es también una consecuencia liberadora de la acción y de uno de los fines contenidos en el bosquejo utópico que la orienta.

En cuanto al diagnóstico de la praxis en nuestra sociedad, hay que reconocer que no nos encontramos en un buen momento. La ruina de las utopías hace poco imperantes y la debilidad del sujeto no la han dejado bien parada. A esto hay que añadir los efectos de la praxis de los agentes que, si no llegan a ser los del odio, no son de ninguna manera los del amor o, al menos, los de la justicia.

En la ciudad estado griega la praxis era la dedicación del hombre libre, exento de las obligaciones de la

producción, que era asunto de los no ciudadanos y de los esclavos. El hombre libre tenía tiempo libre, lo cual le permitía dedicarse a la gestión de los asuntos de la comunidad. La praxis era la acción más digna después de la acción contemplativa. El mayor orgullo y el mayor deber del ateniense común era participar en el gobierno de la ciudad.

En nuestra época, el poder se genera en el reino de la producción, tiene razón Nietzsche, la plebe que desarrollaba acciones de esclavos se ha impuesto. Como dice MacIntyre, los bárbaros llevan algún tiempo gobernándonos. En este reino el tiempo no es más que la duración del proceso de la producción, se desconoce en él el tiempo libre como tiempo de libertad para la contemplación gratuita, que se desprecia y se previene su existencia como si se tratara de un vicio, al que hay que aplicar el antídoto del ocio, y como una amenaza contra el tiempo considerado como verdadero: el regulado por el nuevo imperativo categórico que responde a la máxima «el tiempo es oro».

Aquí, en el seno de una gran desorientación, se nos plantea el gran desafío de encontrar la praxis adecuada para nuestro tiempo:

- a) En primer lugar, es preciso analizar las fuentes de nuestra praxis cotidiana. Seguramente descubriremos en qué medida se origina en las costumbres, en el comportamiento admitido habitualmente como correcto, o en la exhortación permanente a la que somos sometidos por los medios de persuasión de masas. O nos encontraremos con nuestro conformismo y adaptación exigida por la coacción del ambiente. O encontraremos un déficit de reflexión personal o reacción ante situaciones adversas. O, sencillamente, no disponemos de tiempo para encuentro en el que compartir la inquietud y proyectar acciones adecuadas.
- b) En segundo lugar, a partir del análisis de la realidad, es necesario desarrollar una praxis más difícil y consciente. La situación de la inmensa mayoría de las personas en esta sociedad es de encuadramiento dentro de instituciones sociales, laborales, profesionales, culturales, etc. La praxis en la polis griega era privilegio del ciudadano libre, exento de actividades productivas. Hoy esto no puede ni debe ser así, pero la praxis, sin olvidar que debe realizarse en el interior de las relaciones no voluntarias, no se debe agotar en ellas. Hace falta una actividad libre, voluntaria, creati-

va, que se desarrolle fuera de la organización tecnificada, resultado de la ingeniería social actual. A partir de aquí, en el cultivo de las relaciones de gratuidad, a partir de la amistad, intentar crear una nueva cultura, de la cual saldrían pequeñas instituciones proféticas, de finalidades variadas (centros culturales, escuelas, empresas, cajas de ahorro, etc.), que serían los gérmenes de la ciudad personalista. Sin duda, será una tarea de siglos, por eso hay que comenzar ya.

1.4. Dimensión colectiva de la acción

Por último, hay una dimensión colectiva de la acción. Sabemos cada día más y construimos mejor, porque nos levantamos sobre hombros de gigantes que nos ha precedido y porque nos aprovechamos del legado de técnicas, prácticas y saberes acumulado por la humanidad a lo largo de los siglos. Vivimos, por otro lado, en una sociedad compleja en la que es necesaria la división del trabajo, ya que en solitario no somos autosuficientes. Ni siquiera una comunidad aislada es ya autosuficiente, la tendencia de la historia es hacia una humanidad en la que todos estaremos relacionados con todos.

En consecuencia, cualquier acción personal se nutre, en alguna medida, de la acción de los demás. La identidad de nuestra acción tiene algo o mucho de alteridad. Y, además, nuestra acción personal o colectiva influye necesariamente en los otros, normalmente sin que seamos conscientes. Aplicar el conocimiento apropiado a la dimensión colectiva de la acción, haciéndola más conscientemente intencional, puede dar frutos de eficacia, mejorar la praxis y potenciar la realización de valores. Además, hay virtualidades específicas de la acción colectiva que no están al alcance de la acción individual, como en el ejemplo del obelisco de Proudhon.

A pesar de que vivimos en un colectivismo de facto, la cultura dominante es cada vez más individualista. Lo cual es compatible con una sociedad de masas donde las relaciones humanas se vuelven abstractas y frías. Creo que esta situación plantea desafíos claros a los hay que responder ascendiendo en la escala que va de la masa a la comunidad, en grados de mayor riqueza humana:

- a) Todos los problemas actuales del hombre son de una magnitud gigantesca y, como dice Mounier, «no es con los clamores de los solitarios sin esperanza como se despertará hoy una acción agotada de desesperación». Las acciones fundamentales y decisivas serán acciones concertadas entre muchas personas con un alto grado de coordinación y disciplina.
- b) Una comunidad no es una organización, ni busca primordialmente la eficacia, pero como ocurre con la acción profética, las comunidades que, más allá de la comunidad de trabajo, de acción o de bienes, apuntan a la comunión espiritual, denuncian la insuficiencia y provisionalidad de las organizaciones que persiguen fines concretos y señalan que el sentido último de toda acción colectiva es la fraternidad universal, de la que es anticipación testimonial.

CONCLUSIONES

En primer lugar, todos deberíamos realizarnos en todas las dimensiones de la acción, no obstante, las disposiciones de cada uno configurarían nuestra acción de una manera propia. Unos desarrollarían una vocación de ingenieros, otros tenderán a actividades de mayor contenido social, otros al terreno del pensamiento teórico, esto es legítimo, siempre que no caigamos en lo que Ortega llamaba «la barbarie de la especialización». Para ello, en cierto modo, la acción de cada uno debe realizarse todas las dimensiones descritas y, aunque la medida los ingredientes sea distinta para cada uno, el resultado deberá ser equilibrado conscientemente.

En segundo lugar, la acción se vuelve revolucionaria cuando marchamos a contracorriente de las tendencias negativas que sigue el mundo actual, y cuando se plantea conscientemente una dirección alternativa razonable. La deshumanización de la acción humana hoy, por la unilateralidad y el desequilibrio en el desarrollo de las dimensiones estudiadas, plantea graves peligros para la humanidad. Por eso, creo que es imperativo que nuestra acción sea revolucionaria. □